

nitario que destila la caridad en el corazón, es la obra más grandiosa y sublime de esta preciosa virtud.

La caridad cristiana es el fundamento y la base social por excelencia. «Magistrados, exclamaba el célebre Tertuliano «con su acostumbrada elocuencia, magistrados destinados «á limpiar la tierra de los malhechores que la inficionan, «yo apelo á vuestras sentencias. Entre tantos culpados como condenais, ¿ quiénes son los asesinos, los ladrones, los «perjuros, los impúdicos, los enemigos de las buenas costumbres? ¿ Hay entre ellos un solo cristiano? Las cárceles, etc., etc. (1).»

El mismo Juliano no hallaba en ellos otra falta que el desecher el culto de los dioses (2). Y el emperador Antonino echaba en cara á los paganos «que aquellos cristianos cuya muerte pedian eran más virtuosos que ellos (3).»

Fuera del Cristianismo, fuera de la caridad, el hombre dichoso (dichoso á su manera) hace infelices á cuantos le rodean por medio de la envidia; porque esta dicha pertenece á él solo, es propiedad suya. Pero bajo la influencia de la caridad una persona feliz puede hacer feliz á todo el mundo, si todo el mundo fuera perfectamente cristiano, porque en el terreno de esta preciosa virtud la dicha y la felicidad no son de nadie exclusivamente sino de todos; y la misma persona dichosa no puede abrazar y encerrar dentro de sí su dicha, ni conseguir que no redunde también en felicidad de los demás.

De la misma manera: para el desgraciado fuera del terreno de la caridad, los dolores y las penas son más acerbos y más insufribles que para el desgraciado en el Cristianismo, porque la desgracia entera con todo su horror se introduce en el corazón del primero, á quien, merced al sistema impío que profesa, exclusivamente pertenece; mientras que estos

(1) «Vestros enim jam contestamur actus; qui quotidie iudicandis «custodiis præsidentis, qui sententias elogia dispungitis. Tot à vobis nocentes variis criminum elogiis recensentur; quis illic sicarius, quis «manticularius, sacrilegus, aut corruptor, aut lavantium predo, idem «etiam christianus adscribitur? aut cum christiani suo titulo offeruntur, quis ex illis etiam talis, quales tot nocentes? De vestris semper «carcer æstuat, etc.» (*Apología*, cap. 44).

(2) Carta LXIII á Teodoro.

(3) «Sunt enim illi fidentiores quam vos apud Deum.» (*Antonini epistola ad Commune Asiae*, en la *Apología* de san Justino, y en la *Historia eclesiástica* de Eusebio, lib. IV).

dolores y estas penas disminuyen considerablemente en el creyente cristiano, porque se reparten, porque se difunden, porque se transmiten, porque cada uno de sus hermanos en las miserias de la vida humana le alivian, cargándola sobre sí de una porción de las mismas (1).

El enfermo que ofrece á la vista de los hombres sus dolencias, el huérfano que ante ellos lamenta su desamparo y soledad, el pobre que presenta su indigencia, y el afligido que derrama sus lágrimas, si estos hombres espectadores de sus miserias é infortunios viven fuera de la influencia del puro y verdadero Cristianismo, que es el Cristianismo católico, los infelices se cansan en vano, porque llaman á la puerta de unos corazones endurecidos é insensibles por el egoísmo, emponzoñado fruto de la ausencia de la caridad, y ningún consuelo mitigará su dolor, ninguna esperanza se lo hará suave y llevadero. Pero si los hombres que contemplan sus infortunios son verdaderos cristianos, no temen los horrores de la miseria y de la calamidad, porque se dirigen á unos corazones humanos, generosos, sensibles, piadosos por la presencia de la caridad, y no duden que han de quedar amparados, socorridos, ó cuando menos consolados.

Cuando el infeliz enumera uno por uno sus trabajos y sus penas, si las refiere á personas que como el incrédulo, el materialista, y esos espíritus fuertes hijos del Protestantismo y de las sectas filosóficas, más ignorantes aun en realidad que ilustrados en su misma presunción, se muestran duros é indiferentes, ó se burlan de él, si no es que persiguen y castigan como Inglaterra protestante esos mismos infortunios, añadiendo aflicción al afligido, entonces este infeliz se abisma en la desesperación, y la desesperación le llevará á la demencia ó al suicidio. Pero si enumera sus penas á personas que, como las verdaderamente cristianas, se compadecen de él, sienten con él y lloran con él, entonces se afirmará en la esperanza, y esta esperanza calmará sus dolores, ó los desterrará todos, porque allí donde está la caridad, en acción ó pasión, todos los males desaparecerán (2).

No hay para qué detenerse en hacer ver la excelencia y la dignidad de esta gran virtud. San Agustín dice que sobre

(1) «Sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis.» (*II Cor.* 1, 7). «Meum gaudium omnium vestrum est.» (*Ibid.* II, 3).

(2) «Ubi charitas est, sublata sunt omnia mala.»

el hombre caritativo «no hay otra cosa mas digna que Dios, «que le dió la caridad (1);» y san Bernardo ve en ella la medida de la grandeza y de la perfeccion.

Innumerables son efectivamente los consuelos y las medicinas traídas por el Cristianismo á la humanidad doliente y afligida: consuelos introducidos y realizados por el sublime principio de la caridad. El mismo apóstata Juliano confesaba en sus cartas, como ya hemos notado, «que la caridad para con los pobres era lo que mas habia contribuido al establecimiento y progresos del Cristianismo.» ¡Qué testimonio!!!

«En todas partes, dice Mr. Augusto Nicolás (2) (á quien nos «place citar con frecuencia en estas materias sobre las que «discurre con tanto acierto y oportunidad), en todas partes donde se encuentra la miseria veréis brillar la caridad. «No hay una sola necesidad de nuestra naturaleza á cuyo lado no haya colocado el Cristianismo un beneficio, no hay miseria para la cual no haya inventado su socorro, y todo con «una plenitud, una delicadeza y un desinterés cuyos efectos «causan á veces envidia á los mismos favoritos de la civilización. Hasta el bien que la sociedad hace en obras filantrópicas, además de ser inspirado por las costumbres cristianas, «necesita en definitiva pasar por la punta magnética de la caridad, por la mano y los dedos de sus apóstoles, para llegar «con delicadeza y perseverancia hasta los males que tiene «por objeto. Y á mas de los males que la sociedad alivia de «este modo, hay una multitud de otros que están absolutamente fuera de la esfera de su benevolencia, y que solo la «Religion busca con celo infatigable y consuela con maravilloso resultado. Puede decirse del Cristianismo lo que la «sagrada Escritura dice de Dios: «Todos los dias abre su mano y alimenta todo lo que respira.» Únicamente el Cristianismo hace esto: ninguna religion pudo conseguirlo jamás: la sociedad, la misma naturaleza son impotentes: en «fin, es todo ello tan propio y distintivo del Cristianismo, «que las mismas sectas que se han separado de su centro de «actividad, aun cuando continúen llamándose *cristianas*, y «que sigan inspirándose de su moral escrita, han sido desde luego heridas de incapacidad para obrar esas maravillas

(1) Sermo XLIV de Tempore.

(2) *Estudios Nicólaicos sobre el Cristianismo*, tomo 3, pág. 347.

«de caridad, á pesar de todo el interés que tienen y de todos los recursos humanos que emplean en simular una fe- «cundidad que no tienen. El Cristianismo lleva en sí mismo «un principio realmente sobrehumano de caridad, un poder «singular y único de beneficencia... El Cristianismo no se «limita como la beneficencia natural á tal bien particular, «al alivio de tal miseria, á la satisfaccion de las necesidades sensibles, etc., lo abraza todo y todo á la vez. Nada se «le escapa, y no se ocupa nunca de satisfacer las necesidades físicas sin procurar al propio tiempo la satisfaccion de «las intelectuales y morales. Al tocar á los cuerpos su divina mano, penetra hasta las almas, y cura todo el hombre «á un mismo tiempo, consuela los infortunios, y hace mas «aun, los hace amar, y convierte los males en remedios.»

Esta es la caridad del Cristianismo puro, la caridad católica; aquella caridad sin simulacion (1), de que habla el Apóstol, para la cual no hay padecimientos humanos que no se atreva á hacer frente, ni miserias superiores á la solicitud de su amor (*).

(1) «Dilectio sine simulatione.» (Rom. XII).

(*) Ved aquí la exacta pintura que Mr. Augusto Nicolás hace de la índole, naturaleza y accion interna de la caridad:

«La caridad, tan distinta de la filantropía, supuesto que no es mas «que un instinto ciego y limitado que sin cesar transige con el amor «propio, que no le presta sino para exigirle, y que mas bien procura librarse de los desgraciados que socorrerlos; cuando la caridad es una «virtud de reflexion y de voluntad fundada esencialmente sobre la exclusión de sí mismo, inspirada por el sentimiento infinito del amor divino, alimentada por el desapego á un mundo en el cual no se quiere «vivir mas que por ella, siempre permanente en el corazon de sus apóstoles, no solo para aliviar los males que se presentan, sino tambien «para buscarlos por todas partes, considerar una obligacion al encontrarlos y enriquecer sus dominios con la conquista de las criaturas «consoladas. La caridad que obra siempre y sin interrupcion con una «fuerza que salva todos los obstáculos y una delicadeza que deja satisfechas todas las susceptibilidades; que se exhala continuamente del «corazon del cristiano, y se cambia de mil maneras á su rededor, para «doblegarse á todas las exigencias, y ocultarse al mismo tiempo tambien á todas las miradas; que no solo derrama á manos llenas el oro y «la plata, sino tambien palabras amigas, y lágrimas muchas veces, y «va dejando en pos de sí resignacion, valor y esperanzas; que perdona los agravios, defiende á los ausentes, tolera á los culpables, se sonríe ante los rencorosos; se aparta y contiene la presencia en los coléricos y vengativos; retira con cuidado del foco del amor propio todo lo «que podría abrasarlo: halla siempre pretextos para perdonar, para olvidar, para complacer, para consolar, sin ni siquiera dejar entrever «sus sacrificios, y que por la fascinacion de su celestial sonrisa, adormece todos los malos instintos que germinan cerca de sí, y excita to-

Y ¿dónde está ahora la caridad protestante? Vedla en esa yerta filantropía, en esa moneda falsa de la caridad, como oportunamente la llama Chateaubriand (1); en esa filantropía que no consuela ni satisface al que recibe, ni promete al que da, sin lágrimas en los ojos ni lamentos en el corazón, «que no abriga la miseria en su seno, y que si por casualidad la abre algún asilo, no es seguramente para acompañarla y consolarla en él, sino para encerrarla y alejarla duramente de su presencia.»

La caridad legal, fruto de la Reforma, es una institución puramente administrativa; no tiene de caridad sino el nombre, ni está inspirada por aquella tierna solicitud hacia el pobre que la consagra y destina á su perfeccionamiento moral, así como al alivio de sus necesidades materiales: doble objeto que hace á la limosna verdaderamente provechosa á la sociedad. Así, pues, la caridad católica es no solamente una virtud moral y social, sino una virtud económica, á diferencia de la filantropía protestante, que es solamente un recurso político, un dique levantado á la creciente del pauperismo.

«Á medida, dice un protestante mismo (2), á medida que «la Iglesia establecida por la ley fué haciendo progresos, fué «desapareciendo la caridad cristiana; los indigentes, á quienes la Iglesia católica acogía y protegía de un modo tan «tierno, fueron marcados con un hierro ardiendo, tan solo por «pedir limosna, y condenados á la mas dura esclavitud, aunque ningun medio se tomó para remediar su hambre y su «desnudez. Y la Inglaterra, llamada antes la tierra de la «hospitalidad, de la generosidad, de la abundancia y de la «seguridad de las personas y de los bienes, se convirtió en «tiempo de la Iglesia protestante en teatro de la mas sordida avaricia, y sus habitantes se vieron condenados á los «trabajos mas penosos, á la mas excesiva miseria, y acosa-

das las virtudes. La caridad, en fin, que se retrató á sí misma por medio de su grande Apóstol en estas palabras: «La caridad es paciente y «benigna, no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensorberce, «no es ambiciosa, no busca su provecho, no se mueve á ira, no piensa «mal, no se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad; la caridad «todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre.» (I Corinth. XIII.

(1) Genio del Cristianismo.

(2) Fitz William Cobbet, Historia de la Reforma protestante en Inglaterra é Irlanda, tomo 1, pág. 310.

«dos por la rapacidad, por el robo y por una tiranía que se «burlaba de los nombres sagrados de ley y de justicia (*).»

«El divino Rey, añade Gaume (1), tenía amigos que eran «los pobres. Para ellos era rico, y les hacía participar antes «de todos sus tesoros; les buscaba, les honraba, les había «edificado palacios, y tomaba como hecho á sí propio lo que «se hacía con el menor de todos ellos; les alimentaba, en «fin, les visitaba, y les consolaba llorando con ellos. Pero se «le quitan (por la Reforma cuya funesta obra va parangonando con la benéfica influencia del Catolicismo) sus amigos (2) «y los medios de socorrerlos: los legados que la piedad quiere hacerle en su favor son anulados: se han apoderado de «todo lo que ella les había dado, y de mil maneras se ponen

(*) «Se habla mucho, dice el abate Martínez, de la prosperidad material de las naciones protestantes, de sus maravillosos progresos en la «industria agrícola, fabril y mercantil, y cítase principalmente á la «gran nación que marcha á la cabeza del Protestantismo. No negarémos estos progresos, pero á los que los admiran y envidian les harémos algunas preguntas:

«¿Por qué en un país tan prodigiosamente rico está hace siglos permanentemente el hambre, y devora algunas veces, como en el año de 1816, «hasta un millon de hombres?

«¿Por qué el número de los indigentes llega allí hasta ser una quinta «parte de la población general? ¿Por qué la patata es allí casi el único «alimento de la gente ordinaria del campo, como poco hace lo confesaba «el jefe del Estado en el discurso del Trono? ¿Por qué el trabajador de «las fábricas, cuyo alimento es pan y agua, no puede proporcionarse este mezquino sustento sino mediante un trabajo de quince á diez y ocho «horas por día? Y ¿por qué este presidiario de presidiarios tiene que inmolar sus hijos desde la mas tierna edad al demonio de la industria que «hace de ellos un espantoso consumo? ¿Cómo se explican en Inglaterra «esas incesantes creaciones del trabajo y esos indecibles padecimientos «de los trabajadores, esas inauditas profusiones del lujo y esas eternas «torturas del hambre? Ah! consiste en que aquella nación ilustre ha «perdido el cimiento social por excelencia que ligando suavemente al «fuerte con el pequeño, impide al primero subir sin fin, y al otro bajar «desmesuradamente.» (Emmanuel, pág. 89 y 90).

«Estos hombres (los protestantes ingleses), dice también Víctor Eyzaguirre, viven para su vientre; sus puertas las encontraréis cerradas «para el pobre, la pintura de la miseria les fastidia; sus oídos son insensibles á los gritos de la indigencia, y su corazón jamás palpita bajo «las dulces inspiraciones de la caridad. Les veréis sacrificar libras esterlinas á millares para hermosear sus palacios, para entapizar sus «salones, para amontonar en sus bibliotecas libros que no han de leer, «para aderezar sus coches y sus libreas, para embellecer mas y mas sus «jardines, y para regalar sus caballos y sus perros de caza; pero mientras «tanto no alargarán un chelín al mendigo, tolerarán impasibles que el «miserable yerto de frío suspire á su puerta y muera de hambre.»

(1) Historia de la sociedad doméstica, discurso preliminar.

(2) Esto no es exacto, en vez de quitárselos se los aumento.

«trabas á la caridad; á la caridad que es la accion de Jesu-
«cristo, que no sabe hablar sino de él, que obra en su nom-
«bre, que le atrae las bendiciones de sus amigos, y que le
«hace vivir y reinar en sus corazones. Á la pobreza se la cu-
«bre de humillaciones y se la atormenta con disgustos; se la
«vigila, se la observa, y se la echa sin interrupcion del asi-
«lo del pobre, de la cabecera del enfermo y de la cuna del
«recien nacido, y en su lugar se coloca la filantropía, esta
«extranjera que no conoce á Jesucristo, que no habla de él,
«que no socorre en su nombre sino en el del hombre, que es
«una madrastra que tiene [el corazon helado y unas entra-
«ñas crueles; que va mas bien á inspeccionar que á visitar,
«que calcula y economiza, y pone en la cárcel al pobre cu-
«ya vista le importuna; que en vez de llorar con él, sabe dar
«bailes para emplear su producto en socorrerle, y sabe en-
«riquecerse dando limosna.»

«No hay que dudarle, dice á propósito el ilustrado adi-
«cionador (*) español del *Diccionario de teología* de Ber-
«gier (1), no hay que dudarle, los institutos piadosos, las
«buenas obras, la caridad, la compasion y la misericordia
«requieren vivir en la atmósfera del Cristianismo, del cual
«son frutos, si han de desarrollarse en favor de la humani-
«dad que llama en su auxilio á estos sus nativos, poderosos
«y divinos auxiliadores. Luego que se prescinde de la divi-
«nizacion de estos socorros, se hacen estériles á impulsos de
«una secularizacion interesada y de una civilizacion terre-
«na, que se paga mas de sus propias adquisiciones que del
«aumento y conservacion de los institutos levantados por la
«caridad y por el celo que la misma inspira.»

Sí: el Cristianismo, pero solamente el Cristianismo puro,
el Cristianismo católico es el terreno propio de la caridad:
solo en este terreno produce ella sus hermosos frutos. En
vano la Reforma y el Cisma han hecho esfuerzos en San Pe-
tersburgo, en Berlin y en Lóndres para formar *Hermanas
de la Caridad*. Solo han conseguido formar hermanas *mer-
cenarias del egoismo*. ¿No hemos visto reir á carcajadas á
los periódicos ingleses y llamar *loca* á la señora protestante
lady N. que quiso organizar una asociacion de mujeres de
caridad para ir á ejercer en Oriente en el ejército inglés las

(*) Ilmo. Sr. Monescillo.

(1) Adicion al artículo *Huérfano*.

funciones que las verdaderas Hermanas de la Caridad ejer-
cen en el francés? Y ¿qué hizo convencida por último de la
inutilidad de sus esfuerzos? Volverse á las Hermanas de la
Caridad de los conventos católicos, y llevarse las que pi-
dió. ¡Qué reproche!!!

Vivia aun Lutero cuando la caridad cristiana habia abso-
lutamente desaparecido de los países reformados. Tan im-
petuosa y funesta fue la influencia de la Reforma en el orden
moral y sentimental.

«Bajo el Papado, decia ya este heresiarca, á lo menos las
«gentes eran caritativas, y para dar no se hacian tirar de
«las orejas; mas ahora bajo el Evangelio, en vez de dar se
«rechazan los unos á los otros... Os desollarían vivo si cre-
«yesen sacar de ello la mas pequeña utilidad, y creerán no
«tener nada si no tienen todo cuanto poseen los demás.» ¡Qué
desengaño, y qué desfachatez al mismo tiempo! No conce-
bimos cómo pudo escribir estas palabras, sin caérsele la plu-
ma de la mano confuso y encendido el rostro de vergüenza.

Pero ¿qué caridad hay razon ni motivo para esperar de
la religion protestante, cuando sus ministros, que como
los de todas las religiones están obligados con cierta es-
pecialidad á ejercerla, tienen mujer é hijos, y seria por lo
tanto un crimen de lesa familia alargar un pedazo de pan al
pobre ó exponerse al contagio? En el mismo hecho de abo-
lir el celibato y los votos monásticos, ¿no han arrebatado in-
humanamente á la miseria y á la desgracia el fervoroso ce-
lo y la tierna solicitud de uno y otro sexo? ¡Admiraos! El
hombre salvaje ha sido mas sábio y mas justo apreciador de
los inestimables servicios prestados por los misioneros y hos-
pitalarios, que el hombre civilizado al haber intentado lle-
varse á la fuerza, como se intentó en Nueva-Francia ó Cana-
dá, á estas personas heróicas, tan despreciadas y arrojadas
léjos de sí por el segundo (*). Creemos que á los canadienses
no habrán ilusionado tanto los *uniformes encarnados* como
los *ropas negras y las tocas blancas*.

Y ¿qué diremos acerca de los principios piadosos y cari-
tativos del Filosofismo moderno? Ya hemos oido á Rousseau
respecto del incrédulo. Nosotros no pudiéramos ser mas elo-
cuentes que lo que hemos visto y estamos todos los dias vien-

(*) En este momento tenemos noticia del escandaloso suceso de Lis-
boa respecto de las Hermanas de la Caridad.